

COLOQUIO SOBRE EL INTELLECTUAL CRISTIANO EN LA VENEZUELA DE HOY.

Doctora Ocarina Castillo D'Imperio.

Confieso mi dificultad para escribir estas líneas, tan sólo comparable con la curiosidad que me produce el intentar ordenar algunas ideas y reflexiones en torno a un tema muy importante, pero del que poco se habla. Invita además a meterse en la propia historia, a asumir el riesgo de hablar en primera persona.

Nací y crecí en una familia cristiana, católica practicante, sin mayores complicaciones ni problematizaciones. Imbuidos predominantemente del espíritu de la culpa y de las restricciones, es decir, más alineados en la religiosidad de la penitencia y el pecado, que en la de la gloria y la resurrección.

Mis inquietudes y mi conciencia religiosa se fortalecieron al calor de mi formación en el colegio San José de Tarbes, donde la profundización de mi experiencia cristiana va de lado con mi interés por conocer eventos y situaciones que acontecían en Venezuela y en otros lugares del mundo. De esta manera la situación política del país a fines de los años sesenta, la coyuntura de cambios que vivía la Iglesia como consecuencia del Concilio Vaticano Segundo, la explosión que significó mayo del 68 en París para todo el mundo joven, la emergencia de movimientos contestatarios en la iglesia local y el posterior surgimiento de la Izquierda Cristiana, fueron estímulos demasiado intensos y desafiantes como para pasar desapercibidos en la mente y en la conducta de alguien que apenas empezaba a salir de la adolescencia y cargaba con un morral importante de inquietudes, irreverencias y dudas.

Mi posterior crecimiento como cristiana se da profundamente vinculado a mi experiencia de formación profesional universitaria, signada por una parte por la cercanía teórica y práctica al marxismo, y por ende, al ejercicio de la actividad política, y por otra, por el interés en la Antropología como campo

profesional y de conocimiento. Rápidamente pude descubrir que en la Antropología más que una ciencia y una metodología, encontré una manera de ver el mundo y de relacionarme con él, una suerte de "mirada" que me acompaña en todas las dimensiones de la vida y en los diversos roles que me ha tocado desempeñar.

En los primeros años de la carrera universitaria se dio mi natural conversión en una "militante" de izquierda, lo cual me distanció teórica y prácticamente de mis rituales y reflexiones religiosas. Fueron épocas en las cuales me parecía difícil reconciliar realidades y concepciones que me sonaban discordantes. No obstante lo cual, y aún en el medio más cerrado y sectario en que pudiera hallarme, siempre hice pública y hasta con orgullo mi condición de Tarbesiana, condición ésta que empezaba a advertir como una suerte de característica de mujer resuelta, estudiosa y comprometida con sus propias metas. En mi evaluación íntima, el Colegio me había dejado una buena base académica y personal que facilitaba y potenciaba mi formación y posterior recorrido profesional. Desde otra perspectiva, en la experiencia del colegio, echaba de menos más contacto con la realidad, sobre todo con otros contextos económico-sociales y una mayor socialización con el mundo de lo masculino.

De allí en adelante el sentirme militante y comprometida en procesos político-sociales de diferente envergadura y dimensión, ha sido una constante en mi vida: desde dirigente estudiantil, militante de partido político o por lo menos colaboradora en estrecha cercanía, involucrada intensamente en el acontecer político universitario.

En esa experiencia conocí y viví—a veces en carne propia—las más nobles manifestaciones de solidaridad y entrega, pero también las actitudes más sectarias, rígidas e injustas. Desde las mayores lecciones de equidad y desapego hasta los mecanismos y procedimientos más clientelares y demagógicos. Pero sobre todo me enseñó a vivir la permanente tensión de la existencia del otro, del encuentro con el otro, de la necesidad en más de una oportunidad de ponerme en sus zapatos y en su piel.

Con los años me gradué, se fortalecieron algunas de mis convicciones, se multiplicaron mis sueños y mis preguntas, algunas de las cuales al contacto con el conocimiento de la sociedad y de la antropología se fueron haciendo cada vez más complejas, y en algunos casos, hasta angustiantes. Casi a las alturas de la finalización de los estudios de pre-grado y para mi propio asombro, fui arribando de una forma sutil y espontánea a un sentimiento y

una convicción: mi experiencia de izquierda, lejos de ser una contradicción o tan siquiera un distanciamiento, no era más que una continuidad –con ritmo y especificidad propia– de mi experiencia cristiana. Esa constatación me llenó de alegría, me invadió de un regocijo espiritual, de una fortaleza y una seguridad que me la daba el sentido de pertenencia a una comunidad, al pueblo de Dios, en el cual independientemente de los estilos, diferentes lenguajes y tendencias, había otros en los cuales me reconocía.

De allí en adelante mi vida ha sido, en mucho, como lo reza mi “status” académico, casi una dedicación exclusiva a la UCV. He convertido mi trabajo de docente e investigadora en una suerte de nueva militancia que me ha llevado a recorrer distintos papeles y responsabilidades, que me han dejado distintos sabores. De la militancia de izquierda aprendí la irreverencia, el sentido de la justicia y de la solidaridad. De la Antropología la profundidad y la importancia del sentido de lo religioso en cualquiera de sus expresiones y por ende, de la espiritualidad; el respeto a las diferencias, y muy especialmente a las que rozan imaginarios, valores y convicciones profundas y la naturaleza única y diversa de la condición humana. Del cristianismo la vocación de servicio, la convicción de sentirse integrante y peregrino del pueblo de Dios, la noción de la confianza y la fe y, sobre todo, la esperanza y la alegría. Con estas herramientas en bandolera, he ido haciendo y deshaciendo camino. Reconociendo a los lados, y a veces eludiendo, distintos obstáculos que no acierto a comprender y mucho menos a enfrentar: el problema del poder, incluso la difícil relación entre la Iglesia y el poder; el deseo de tener, por encima del ser; la relación entre fe y libertad; y la que existe entre libertad, naturaleza humana y lo que se empeñan en llamar pecado.

En este intento de reflexión personal, es importante incluir alguna consideración respecto a mi condición de mujer, la cual le da a mi experiencia algunos toques particulares. Ser mujer, esposa, mamá son dimensiones especialmente significativas en los tiempos en los cuales vivimos. En mi caso, me gusta asumirme como mujer y darle el sabor de lo femenino y desde lo femenino a todas mis acciones. Si bien creo en la lucha por la conquista de la igualdad en materia de oportunidades y derechos, soy una convencida de la riqueza de la diferenciación entre los géneros y de la potencialidad que ello implica si aprendemos a conocernos, confrontarnos y valorarnos desde el respeto y la libertad.

El vivir de acuerdo a esta convicción quizá no me ha hecho la vida personal y afectiva muy fácil, pero es la opción que he escogido y la forma que

he encontrado de sentirme honesta conmigo misma. Sigo aún intentando descubrir cómo desenredar esa madeja enmarañada que son las relaciones interpersonales y especialmente las de pareja, espacio tan vital y necesario, pero tan complejo para las mujeres y hombres de hoy; persisto en darme la oportunidad de aprender a encontrarme con otro, no para rellenar las carencias, sino para potenciar y liberar las reservas de afectos y cosas buenas con las que contamos y que pueden hacer la vida más hermosa y amable.

Cuando me pregunto acerca del intelectual cristiano en la Venezuela de hoy, acuden a mi mente dos sencillas reflexiones: ser un buen ser humano y ser un buen ciudadano. Un buen ser humano significa cultivar como valor fundamental la autenticidad, la honestidad consigo mismo y con los demás, la capacidad de comprender, la bondad para actuar y el coraje para atravesar con firme serenidad las diversas situaciones de la vida. Un buen ciudadano es un individuo responsable y participativo, en sintonía con la complejidad de los procesos que le toca vivir, con la capacidad de ser hombre-puente para el diálogo, el entendimiento y la reconciliación.

En la víspera de cumplir mis cincuenta años no me acerco a mi experiencia cristiana fundamentalmente a través de la racionalidad o de la formación teórica ni intelectual; por el contrario, quiero lograrlo, en medio de la ventisca de incertidumbres y miedos que azota los días que corren, a través del sentir y de la espiritualidad. De la liberación de deseos profundos al mismo tiempo que me sumerjo en los recovecos de mi propia interioridad, al encuentro con el otro desde la ventana del respeto y la solidaridad, a la búsqueda de la armonía y de la paz interior, a la recuperación de la certeza de que la vida es una fiesta, para lo cual sólo hay que disponerse a saber abrir las ventanas*.

*Esta última frase la tomo de Ángeles Mastretta, de su libro "Mundo iluminado".